

Filosofía política, hoy

Josep Pradas: *De la demagogia al populismo y otros escritos co-laterales*. Ed. Josep Pradas, Vilanova i la Geltrú, 1ª ed., 2009.

Al profesor Jordi Quílez, amigo cabal

Las nuevas tecnologías y especialmente el predominio absoluto de Internet comportan numerosas e indiscutibles ventajas y no pocos (e implícitos) inconvenientes. El acceso universal a un sinfín de conocimientos y la posibilidad de divulgar opiniones y creencias en un tiempo record cuestiona el papel tradicional que antaño poseían los transmisores y los productores de la cultura. Así, frente a la gratuidad cosmopolita de innumerables contenidos se agrava la débil existencia de los que viven por divulgarlos a cambio -sueño de todo trabajador- de una justa remuneración. La posibilidad de publicar consideraciones o querencias sin contrapartida alguna arriesga la vocación del que aspira a comer haciendo eso mismo.

El libro de Pradas goza de ese carácter bifronte. Es un conjunto de artículos publicados en *Lateral*, revista de cultura a cuyo consejo de redacción pertenecía y que no sobrevivió a los avatares del mercado. La obra se publicó, por otro lado, gracias a los sacrificios de su autor, esto es, sufragó la edición por su cuenta. No se va a discutir aquí si es lícito, o lógico, que una publicación tenga un precio para compensar sus costes, y exija consecuentemente una excelencia profesional a sus colaboradores, o, por el contrario, sea de dominio público, incondicional y no demande a sus creadores más méritos que buena voluntad. Nunca verá el lector los ingentes esfuerzos, y las no pocas amarguras, que oculta la ajedrecística tez de la palabra impresa (y poco importa su formato definitivo) ni llegará a adivinar la tortura de la creación si sólo se conforma con leer: el reseñador habla con conocimiento de causa por su trabajo en Astrolabio, publicación accesible para todos aunque se levante gracias a una minoría, y por sus tormentos personales (y es mejor no ir más lejos). Quizá estemos condenados a exhibirnos sin trabas ni trueques aquéllos que recibimos una vez la visita de la amante más terrible: la musa; sin embargo, pocos sobrevivirán a semejante estado de cosas; serán los que se vendan al pluriempleo, compre la riqueza o se obstinen en confundir la condena vocacional con el capricho arbitrario.

La hazaña de Pradas es una victoria y una derrota al mismo tiempo, es un éxito que nace de un fracaso, pues la divulgación de las ideas es siempre un triunfo, pero parece encarnar un destino inquietante para quienes compartimos su disciplina. *Lateral* mereció nacer y con seguridad merecía sobrevivir, por lo que su desaparición puede considerarse todo un descalabro, y quizá llegue a serlo para la cultura en general, pero también es un turbio reflejo de la sociedad contemporánea, de sus muchos errores, de sus siniestros vicios. Como si inconscientemente lo supiera y a priori hubiese querido vengarse de ella, *De la demagogia al populismo* encierra ocho dardos dirigidos contra el perfil político del mundo actual. Los dos primeros recuperan la filosofía clásica o, mejor dicho, el

ámbito intelectual de la Antigua Grecia, en un decidido esfuerzo por incorporar sus planteamientos y que vengan a conformar nuevas respuestas a los interrogantes de hoy. Suele ser del agrado de no pocos filósofos retrotraerse a épocas remotas, movidos tal vez por una vaga filiación a edades de oro ya extintas, a desaparecidas formas de vida. El resultado, aun cuando espectacular por los esfuerzos que conlleva, es irrelevante para la satisfacción de las necesidades que comparecen en la actualidad. Denota una erudición inoportuna, el exhibicionismo de un saber conceptual que sólo habrá de servir para pulimentar futuros comentarios de texto.

No es éste el caso de Pradas. Su preocupación por la democracia y sus límites, por la ciudadanía y el pluralismo, le animan a bucear hasta los orígenes de nuestra propia civilización, para buscar en ellos las claves que permitan disolver a los fantasmas del presente. La justificación de esta estrategia descansa en motivos biológicos más que filosóficos: el cerebro humano apenas ha evolucionado desde los griegos hasta nosotros; sus ideas, sus conceptos, sus planes para orientar la existencia y dar un significado al mundo no sólo son sugerencias y alternativas para los problemas que actualmente nos asolan; asimismo pueden considerarse el reflejo del oscuro destino que muy bien pueden depararnos ciertas conductas y creencias. La perversión de las formas democráticas que inauguró Atenas, la deriva de las mismas hacia la contemporización y la lisonja a la masa, constituyen una admonición que nos conviene escuchar, acaso porque los usos políticos que nos dirigen son un mero progreso de los que conocieron los griegos, y las amenazas y peligros que sufrieren perduran de una manera germinal.

Pradas no se atreve a tanto, pero podríamos afirmar sin grave menoscabo para la verdad que la economía de mercado no es ni mucho menos compatible con los derechos humanos; antes al contrario, se diría que hay entre ambos un considerable grado de contrariedad. El auge de la primera supondría el ocaso de una cultura basada en aquéllos: los éxitos económicos de países con gobiernos dictatoriales (China sería el previsible ejemplo), donde los intereses individuales quedan relegados con facilidad a las prioridades nacionales justificarían esa lúgubre tesis. Por otro lado, si se nos permite alejarnos de tanta oscuridad y recuperar a nuestro autor, también es cierto que el mundo griego, como el actual, gozó del mestizaje y la multiculturalidad, elementos con un eminente carácter festivo, una luminosidad atractiva para la inteligencia, pero cuyo gestión comporta no pocos problemas: entender la dimensión social de Grecia a partir de estos elementos puede servir, igual que antes, para comprender mucho mejor a nuestra sociedad.

Hay desde luego diferencias notables entre los dos fenómenos, y Pradas las tiene en cuenta. La posibilidad de hallar fórmulas pretéritas para dilemas presentes no le induce a olvidar que cada época histórica goza de su propia especificidad, por lo que sólo será comprensible en cuanto se atienda a los caracteres que la singularizan con respecto a las demás. Así, el auge de las nuevas tecnologías o la postmodernidad son rasgos que distinguen a nuestros tiempos, con muchas dificultades se pueden paragonar con cualesquiera otros,

y reclaman, por ende, una reflexión original. Al mismo tiempo, se refleja en el libro la preocupación que su autor experimenta hacia la peculiar dialéctica que hoy se da entre los movimientos antiglobalización y el predominio que el poder económico ejerce en casi todos los ámbitos. La violencia dinamiza a la misma, según nuestro reseñado, que no es sino el verdadero motor de la historia y mueve por igual a jóvenes revolucionarios y a vetustos banqueros.

A nuestro modo de ver, éste es quizás el pasaje más problemático de la obra, o por lo menos, el que se halla más necesitado de una argumentación mayor. Hay que tener en cuenta que evita el error de comulgar con la moda, tan sobada hoy, de un pacifismo abrupto, sensiblero, o de admitir que los conflictos cruentos son repudiables de antemano y solamente son dignos de la mayor de las censuras. Merece un aplauso por ello, es la verdad, mas son un tanto confusas sus consideraciones sobre los medios violentos. En efecto, si hay una inevitabilidad en el uso indiscriminado de la fuerza, no cabe distinguir entre un uso bueno y otro malo. Son tan sólo inevitables; de una forma más o menos implícita, Pradas lleva a cabo esa distinción. Ante los que creen en, y luchan por, otro mundo posible y los que invierten sus esfuerzos para que no desaparezca el actual estado de cosas, él se esfuerza por mantener una equidistancia objetiva que, acaso de una manera comprensible, termina inclinándose por uno de los dos polos. La porfía de la crisis económica que, en el momento de escribir estas páginas, todavía perdura, o el número, escandaloso por nimio, de condenas a los excesos financieros anima, en cualquier caso, al desánimo, a la resignación. Prevalece en la mente de muchos la sospecha de que la política nada puede hacer al fin ante los temibles desmanes de la economía, que no cabe sino esperar a que las aguas vuelvan a su cauce por sí solas. Quizá nos hayan malcriado excesivamente, pero es una minoría la que apuesta por una táctica ofensiva y revolucionaria frente a los desmanes del capital; la mayor parte le sigue el juego (comprando sus productos, cacareando sus consignas, guardando el dinero en sus bancos, viendo sus películas y un largo y lamentable etcétera). Así, las posibilidades de un cambio radical son escasas.

Por otro lado, constituye una parte interesante del libro el capítulo que destina a Hitler, siempre oportuno en esta clase de obras. Mal que pese a muchos el advenimiento, consolidación y posterior declive del nazismo no sólo constituyen uno de los episodios más oscuros de la historia europea, quizá de la universal, sino que también han conformado nuestra propia identidad con trazo severo, y tan imperceptible que sólo un reducido número de grandes cabezas (la de Agamben en primerísimo lugar) ha podido percibirlo con mediana claridad. Como sucedía con el anterior, esta parte requiere un análisis específico, pues goza de una singularidad que escapa a toda analogía con cualquier otro hecho histórico. La investigación de Pradas pone de manifiesto el peligroso vínculo causal que abrazaba al horror hitleriano con el progreso tecnológico y la retórica de la publicidad, fenómenos estos últimos que están lejos de desaparecer.

La crítica a la contemporaneidad que inaugura este pasaje continúa con el estudio de las dimensiones humanas de la postmodernidad, pavoroso espectro filosófico que está en boca de todos pero que muy pocos comprenden, y que Pradas vincula —con notable acierto— al soporífero estado de bienestar que nos ha propiciado el mercado y sus infinitos engendros, el cual nos blinda de una manera peligrosa frente al dolor, estrategia suicida donde las haya. Sí, en efecto, entre las prerrogativas del sufrimiento se halla la de formar parte consubstancial de nuestra vida, puesto que el mundo está diseñado de tal modo que resulta imposible no sufrir en él, más aún, puede considerarse utópico (hasta un extremo peligroso) el intento de vivir allende todo posible dolor. Sin embargo, la capacidad de sufrir implica asimismo la posibilidad de madurar, de crecer cualitativamente, de llegar a ser persona. La lucha contra el mal (otorgando a este término vastas acepciones) está relacionada con la progresiva adquisición, por parte del sujeto, de un punto de vista sensato, ecuánime y desapasionado sobre las cosas, fomenta una personalidad enteriza, fuerte, afirmativa. Hay excepciones evidentes, aquí como en todo, pero lo cierto es que la ridícula obstinación por eludir el sufrimiento, los denodados esfuerzos de llegar a trascenderlo al precio que sea (y que sólo pueden justificarse en los casos que contempla la eutanasia), el pueril deseo de eliminarlo a cambio de un placer con pretensiones de infinitud pero, al cabo, tan efímero como todo lo mortal, son el claro síntoma de una subjetividad —la nuestra— enferma y achiquillada. El deleite llega a matar y la adversidad no siempre es destructiva: al aludir a estos temas, nuestro reseñado sabe poner el dedo en la llaga, censura los peores vicios de la actual condición humana.

Concluye este libro con una consecuente ironía: sus últimos capítulos, principalmente el primero, aluden a Fukuyama, el pensador que propuso hace más de veinte años el fin de la historia, si bien se abordan cuestiones marginales a ese proyecto o consideraciones políticas que son extrapolaciones de tal acabamiento. Pradas se pone del lado de quienes —casi una legión— rechazan las tesis del autor estadounidense y se prodiga con distintos contraejemplos —desde el nacionalismo hasta el integrismo religioso— destinados a demostrar la inviabilidad empírica de los planteamientos, optimistas y satisfechos con extremo, de aquél. Así, la obra clausura con otro nuevo acierto porque, aun cuando la política y los conflictos serán siempre el motor del devenir histórico, no es menos cierto que esos planteamientos gozan de una popularidad inquietante, que quizá llegue a inspirar nuevas fórmulas de gestión y diseño social contra las que conviene precaverse. La obra de Pradas, en fin, es un compendio magistral de lo más granado del pensamiento político de los siglos XX y XXI, pasa lista a todas las esperanzas y peligros que latén en las ideologías de hoy, sus sugerencias personales merecen por lo menos el beneficio de la duda y una somera disculpa sus posibles errores. Es aguda, razonablemente erudita, oportuna y sagaz, por lo que tal vez quepa suponerla como la introducción más ambiciosa y certera a la filosofía política de nuestros días.

Juan Manuel Checa